



El porque Dios usó a **D. L. MOODY**

Dr. R. A. Torrey

PORQUE DIOS USÓ A D. L. MOODY

R. A. TORREY



PUBLICACIONES FUEGOS DE EVANGELISMO

www.fuegosdeevangelismo.net

Espero que este libro "Porque Dios Usó a D.L. Moody" tenga el mismo impacto en tu vida de la misma manera que tuvo en la mía. No sé cuántas veces he leído este libro de nuevo y de nuevo y cada vez Dios me ha hablado y me ha sido de enorme bendición.

No estamos tratando de exaltar a un hombre, solamente demostrar lo que Dios pudo hacer con un hombre sencillo, humilde y los demás puntos que nos dice en el resto del libro que si tenemos esas cualidades, Dios nos puede usar también a nosotros para ver muchas almas salvas y vidas transformadas.

Te pido que lo leas y ores pidiéndole a Dios que te hable a ti. Qué el Señor te bendiga y te use, es nuestra oración y deseo.

Por Su gracia,

Pastor Elmer Fernández

INTRODUCCIÓN

D. L. Moody murió en los últimos del siglo XIX. El Dr. R.A. Torrey era, probablemente, su amigo más cercano, y a la vez su asociado. El Dr. Torrey fue el primer superintendente del Moody Bible Institute (Instituto Bíblico Moody) y estableció un currículum para este Instituto Bíblico, el cual, sirvió de modelo para otros institutos como éste.

Cuando Moody murió, Torrey tomó enseguida la dirección internacional en campañas llevadas a cabo en grandes ciudades de Australia, Inglaterra y América. En el año 1923, se le pidió al Dr. Torrey que hablara en un servicio conmemorativo sobre “El Porque Dios usó a D. L. Moody”, éste es el remarcable sermón sobre este hombre que asombró a las multitudes; probablemente, como dice el Dr. Torrey el hombre más grande de esta generación. El lector notará que R. A. Torrey y D. L. Moody, ambos, usaron el término, “Bautizado con el Espíritu Santo” tal como es usado en los Hechos de los Apóstoles capítulo 1 y versículo 5 sobre Pentecostés. Más tarde, a causa del fuego que produjo, y a la falsa doctrina de la gente, que usaron el término “El Bautismo del Espíritu Santo”, los hermanos Plymouth dijeron que este término debería hacer referencia a Pentecostés solamente, y al origen de la iglesia.

Retirándose así de los extremistas, quitaron del Moody Bible Institute y otros institutos bíblicos la enseñanza de D. L. Moody y del Dr. R.A.Torrey, destruyendo el énfasis que estos grandes hombres de Dios habían puesto en la plenitud del Espíritu Santo, o la llenura del Espíritu Santo. Y de la misma manera el Dr. C. I. Scofield, en la anotación de la Biblia Scofield, tomó la posición de los hermanos Plymouth y abandonó la posición de Moody y Torrey que anteriormente había sostenido.

Pero el Dr. Will H. Houghton, presidente del Moody Bible Institute, en una edición de este sermón en forma de librito, “ Porque Dios Usó a D. L. Moody”, dijo, “Pero que ninguno trate de evadir o minimizar una experiencia tan importante como ser lleno del Espíritu Santo”. En este sermón, el Dr. Torrey hace referencia a D. L. Moody en una discusión sobre este mismo sujeto, diciendo “¡Oh! ¿Por qué tratan de encontrar un cabello en la sopa? ¿Por qué no se dan cuenta y ven, que esto es precisamente lo que ellos necesitan? Ellos son buenos maestros, profesores maravillosos, y me siento contento de tenerlos aquí, pero, ¿Por qué no ven que el bautismo o llenura del Espíritu Santo es precisamente el toque que ellos necesitan?”

Y el Dr. Houghton dijo además, “la tragedia es que tantos están técnicamente correctos y espiritualmente sin poder”.

Dios está buscando hombres, los cuales Él pueda usar poderosamente en ganar almas. ¡Oramos que cada lector de este sermón, decida seriamente seguir los pasos de D. L. Moody, cuyas cualidades personales, hicieron posible que Dios lo utilizara con gran poder para ganar multitudes!

D. L. Moody nació el 5 de febrero de 1837, de padres muy pobres, en una humilde casa de campo en Northfield, Massachusetts, un pequeño niño que iba a convertirse en el hombre más grande, yo creo, de su generación y de su siglo. Después que nuestros grandes generales, hombres de estado, grandes científicos y eminentes hombres de letras fallecieron y pasaron al olvido y su obra e influencia a llegado al final, la obra de D. L. Moody seguirá adelante, y su influencia continuará e incrementará, trayendo bendiciones no solamente a cada Estado de la Unión, sino a toda nación sobre la Tierra. Sí, esta obra continuará a través de los siglos hasta la eternidad.

Mi título es “Porque Dios usó a D. L. Moody”, y no puedo pensar en otro título mejor, sobre el cual quisiera hablar. Porque no buscaré glorificar al Sr. Moody, sino al Dios que por su maravillosa gracia, Su enteramente inmerecido favor, le usó tan poderosamente, al Cristo quien le salvó por Su muerte expiatoria y resurrección de vida, y el Espíritu Santo que moró en él y obró por medio de él, y quien solamente Él, le dio la poderosa fuerza que el Sr. Moody fue en este mundo.

Además, espero dejar bien claro que, el Dios que usó a D. L. Moody en sus días, está exactamente tan preparado para usarlo a usted y a mí, hoy en día, si nosotros hacemos todo que esté de nuestra parte, para que de la misma manera que Dios usó a D. L. Moody, nos usará así tan abundantemente.

El verdadero y único secreto del porque D. L. Moody era usado tan poderosamente, lo encontrará usted en el Salmo 62 y versículo 11: “Una vez habló Dios, dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder”. Estoy contento que de Dios es el poder, estoy contento de que el poder no pertenecía a Charles G. Finney; me alegro de que no pertenecía a Martín Lutero; me alegro de que el poder no pertenecía a ningún otro hombre cristiano que Dios usó en la historia del mundo. El poder pertenece a Dios. Si D. L. Moody tenía poder alguno, y éste, sin duda, tenía gran poder, él lo conseguía de Dios.

Pero Dios no da su poder de una manera arbitraria. Es verdad que Dios, da su poder a quien Él quiere, pero, Él da su poder bajo ciertas condiciones, las cuales son claramente reveladas en Su Palabra; y D. L. Moody reunía estas condiciones y Dios hizo de él, el predicador más maravilloso de su generación.

¿Qué era lo que hacía que D. L. Moody tuviera este gran poder de Dios tan maravillosamente manifestado en su vida? Considerando esta pregunta, me pareció que hubo siete cosas en la vida de D. L. Moody que contaron para que Dios le usara de la manera tan grande como lo hizo.

1

UN HOMBRE COMPLETAMENTE **RENDIDO A DIOS**

La primera cosa que cuenta para que Dios usara a D. L. Moody de una manera tan poderosa era que él estaba totalmente entregado a Dios. Cada onza de su cuerpo (y éste pesaba 280 libras), pertenecía totalmente a Dios; Todo lo que él era y todo cuanto tenía perteneció a Dios. Ahora, con esto no quiero decir que el Sr. Moody era perfecto; el no lo era. Si lo hubiese intentado, presiento que pudiera haber hallado algunos defectos en su carácter. No se me ocurre en este momento cuáles eran; pero tengo confianza de que podría acordarme de algunos, si realmente lo intentara. No he encontrado todavía un hombre perfecto, ni tan siquiera uno.

He conocido hombres perfectos en el sentido que la Biblia manda que seamos perfectos o maduros, por ejemplo, hombres que son totalmente de Dios, entregados a Dios, completamente y absolutamente sometidos a Dios, y sin otra voluntad que la voluntad de Dios en sus vidas; pero nunca he conocido a un hombre, en el cual, no pudiera ver algunos defectos, y en algunas cosas que no hubieran podido ser mejoradas. No, el Sr. Moody no era un hombre sin faltas. Si él tuvo algunas imperfecciones en su carácter, y él las tenía, presumo que yo estaba en la posición de conocerlas mejor que nadie, a causa de mi cercana asociación con él durante los últimos días de su vida; y además, supongo que en sus últimos días, éste, abrió su corazón de una manera más completa hacia mí que a ningún otro en el mundo. Yo pienso que me dijo cosas que él no contó a nadie más. Y presumo que yo conocía los defectos de su carácter también como cualquiera. Pero mientras reconocía sus faltas, no obstante yo sabía que él era un hombre que pertenecía enteramente a Dios.

El primer mes que yo estuve en Chicago, estábamos, él y yo, teniendo una conversación sobre algo, en lo cual diferimos ampliamente, y el señor Moody se volvió hacia a mí, y de una manera franca y a la vez amable, me dijo en defensa de su propia posición: "Torrey, si yo creyera que Dios quisiera que yo saltara a través de esta ventana, yo saltaría".

Yo creo sí creo que él hubiera saltado. Si él pensaba que Dios deseaba que él hiciera algo, él lo haría. Él pertenecía completamente, sin reservas, incondicionalmente, enteramente a Dios. Henry Varley, un amigo muy íntimo del señor Moody en los primeros días de su obra, le gustaba contar como él le dijo una vez a Moody: ***“Todavía queda por ser visto lo que Dios puede hacer con un hombre que se entregue a sí mismo completamente a Él”***. Me cuenta que cuando Henry Varley dijo esto, el señor Moody se dijo a sí mismo ***“Bueno, por la gracia de Dios yo seré ese hombre”***. yo, por mi parte no pienso que “queda por ser visto lo que Dios hará con un hombre que se entrega totalmente a Él”. Yo creo que ha sido visto ya en D. L. Moody. Si usted y yo hemos de ser usados en nuestra época, cuanto tenemos y todo lo que somos debemos entregarlo totalmente en las manos de Dios, para que Él nos use como Él quiera, y nosotros, por nuestra parte, hacer todo lo que Dios nos pida que hagamos. Hay millares y millares de hombres y mujeres en la obra cristiana, hombres y mujeres brillantes, hombres y mujeres con talentos excepcionales, hombres y mujeres que hacen grandes sacrificios, hombres y mujeres que han puesto todo pecado consciente fuera de sus vidas, pero hay quienes, sin embargo, han quedado cortos de la plenitud del poder de Dios. Pero D. L. Moody no quedó corto de su entrega absoluta a Dios; él fue un hombre absolutamente entregado, y si ustedes y yo hemos de

ser usados por Dios, debemos ser hombres y mujeres absolutamente entregados a Dios.

2

UN HOMBRE DE ORACIÓN

El segundo secreto del gran poder de Dios en la vida de D. L. Moody es que él era un hombre de oración en el más significativo y profundo sentido de la palabra. Frecuentemente personas me dicen: “Bueno, yo viajé muchas millas para ver y escuchar a D. L. Moody, y ciertamente es un predicador maravilloso”. Sí D. L. Moody era, sin duda alguna, un predicador maravilloso; en todo aspecto, fue el predicador más maravilloso que oí en mi vida, y fue un gran privilegio escucharle predicar de la manera más íntima por mi cercana amistad con él, deseo testificar que D. L. Moody era mucho más un hombre de oración, de lo que era en predicación. Una y otra vez, él era confrontado con obstáculos que parecían cimas inescalables, pero él siempre supo el camino de escalar y vencer estas dificultades. Él conocía la manera de hacer suceder todo lo que necesitaba que sucediera. Él conocía y creía en lo más profundo de su alma que “nada era demasiado difícil para el Señor” y que la oración podía hacer posible que Dios obrara en gran manera.

Muchas veces, el señor Moody, me escribía cuando estaba aproximándose alguna nueva obra que estaba por emprender, diciéndome; “estoy empezando una obra en tal y tal lugar, y en tal día; deseo que usted y los estudiantes se reúnan para un día de oración y ayuno”, y muy a menudo he tomado estas cartas y se las he leído a los estudiantes en la sala de lectura y les he dicho: “El señor Moody desea que hagamos un día de ayuno y oración, primero para que Dios bendiga nuestras propias almas y nuestro trabajo, y después para que Dios le bendiga a él, y a la obra que va a dar comienzo”. A menudo nos reuníamos en el salón de lectura hasta muy entrada la noche, a veces, hasta la una, las dos, las tres, las cuatro o las cinco de la madrugada, alzando nuestras voces a Dios juntamente porque el señor Moody nos urgió que esperáramos en Dios hasta que recibiéramos su bendición. ¡Cuántos hombres y mujeres he conocido cuyos caracteres han sido transformados por estas noches de oración!

Un día el señor Moody vino a buscarme a mi casa en Northfield y dijo: “Torrey, deseo que des una vuelta conmigo”. Entré en su carruaje de caballos y condujo hacia un lugar llamado Lovers Lane me estuvo hablando de algunas grandes e inesperadas dificultades que se habían presentado con respecto a la obra de Northfield y Chicago, y en conexión con otra obra que él quería mucho.

Mientras íbamos conduciendo a lo largo del camino, algunas nubes tormentosas se vislumbraban en frente de nosotros y de repente, mientras estábamos hablando, comenzó a llover. Moody, condujo el caballo hacia un porche que estaba a la entrada de Lovers Lane para poner el caballo al abrigo, y poniendo las riendas sobre el frente del carruaje, dijo: “Torrey, ora”, luego de la mejor manera que pude, oré, mientras él, en su corazón, se juntaba conmigo en oración. Cuando mi voz se quedó en silencio, él empezó a orar. ¡Oh, desearía que hubiesen oído aquella oración, yo no podré jamás olvidarla, tan simple, tan confidente, tan definida, tan directa y tan poderosa. Cuando la tormenta pasó y volvíamos hacia el pueblo, los obstáculos habían sido vencidos, y la obra de la escuela, y otras que habían sido amenazadas, siguieron adelante como jamás habían marchado antes, y han seguido adelante hasta hoy en día. Mientras estábamos volviendo, el señor Moody me dijo: “Torrey vamos a dejar que los hombres hagan la palabrería y la crítica, y nosotros nos aferramos a la obra que Dios nos ha dado para hacer, y dejémosle a Él que se encargue de las dificultades de contestar las críticas”.

En una ocasión, el señor Moody me dijo en Chicago: “He hallado justamente ahora para sorpresa mía, que estamos atrasados veinte mil dólares en nuestras finanzas para la obra que estamos llevando a cabo aquí en Northfield, y necesitamos de manera urgente estos veinte mil dólares,

y voy a conseguirlos por medio de la oración”. Moody no le pidió a nadie que tuviera la capacidad de dar un centavo hacia el déficit de los veinte mil dólares, sino que miró derecho a Dios y dijo: “Necesito veinte mil dolares para mi obra; envíame este dinero de una manera tal que sepa que ello viene directamente de Ti”. Y Dios oyó aquella oración.

El dinero vino de una forma tal, que se vió claramente que vino de Dios, en respuesta directa de la oración. Si, D. L. Moody era un hombre que venció toda dificultad que se puso en su camino por medio de oración. Todo lo que él llevó a cabo fue respaldado por oración, y en todo, su única y final dependencia era totalmente en Dios.

UN ESTUDIANTE PROFUNDO Y PRÁCTICO DE LA BIBLIA

El tercer secreto del poder de D. L. Moody o la tercera razón de porque Dios usó a D. L. Moody, fue porque era un estudiante profundo y práctico de la palabra de Dios. Hoy en día se dice a menudo de D. L. Moody, que él era un estudiante. Desearía decirles que él era un estudiante de los más enfáticos.

Él no era estudiante de psicología; él no era un estudiante de antropología, estoy bien seguro que, él no hubiera sabido lo que aquella palabra significaba; él no era un estudiante de biología; él no era un estudiante de filosofía; él no era ni siquiera un estudiante de teología, en el estudio técnico de este término; pero sí, él era un estudiante profundo y práctico de un libro que es más digno de ser estudiado de todos los libros del mundo puestos juntos; Moody era un estudiante de la Biblia. Cada día de su vida, (y tengo razones para creerlo), se levantaba muy temprano por la mañana a estudiar la Palabra de Dios, hasta el fin de su vida. El señor Moody acostumbraba levantarse alrededor de las cuatro de la mañana para estudiar la Biblia. Éste me decía a mí: “Si tengo que estudiar algo, debo levantarme antes que la otra gente se levante”. Moody se encerraba en una remota habitación de su casa, solo, con Dios y su Biblia.

Nunca olvidé la primera noche que pasé en su casa. Me había invitado para tomar cargo de la superintendencia del Instituto Bíblico, y había yo empezado a trabajar; estaba de camino hacia una ciudad del Este para presidir la Convención Internacional de Obreros Cristianos. Moody me escribió diciendo: “Tan pronto la convención se termine, sube aquí, a Northfield”. Cuando supo que yo estaba por llegar, y por dónde, Moody condujo su carruaje de caballos y vino a esperarme en South Vernon. Aquella noche, él había reunido a todos los profesores y maestros de la Escuela de Monte Hermón y del Seminario de Northfield en su casa, para hablar sobre los problemas hasta muy tarde, y luego, después que los directores y profesores se hubieron marchado, el señor Moody y yo hablamos de los problemas hasta bastante tarde. Era muy entrada la noche cuando me metía en la cama, pero muy temprano, a la mañana siguiente, alrededor de las 5 A.M. oí la voz del señor Moody susurrando: “¿Torrey estás levantado?” Sucedió que yo estaba ya levantado; normalmente no me levanto tan temprano, pero sucedió que esa mañana en particular, estaba levantado. Él dijo: “Deseo que vengas conmigo a un lugar”, bajé con él las escaleras y entonces descubrí que ya se había levantado una hora o dos horas antes para estudiar la Palabra de Dios en su habitación.

¡Oh, amigos, ustedes pueden hablar de poder! Más, si descuidan el único Libro que Dios les ha dado como instrumento, a través del cual Él imparte y ejercita Su Poder, ustedes no lo obtendrán. Ustedes pueden leer infinidad de libros e ir a muchas conferencias, y pueden hacer reuniones de oración que duren toda la noche para obtener el poder del Espíritu Santo; pero, a menos que ustedes estén en constante y cercana asociación con el Libro Número Uno, “La Biblia”, no van a tener poder alguno. Y si ustedes alguna vez tuvieron poder alguno, no lo van a mantener excepto por medio del diario, serio, e intenso estudio de este Libro. Noventa y nueve cristianos de cada cien están simplemente jugando a estudiar la Biblia; y consecuentemente, el noventa y nueve por ciento de ellos son enanos, cuando podrían ser gigantes no sólo en sus vidas cristianas, sino en servir a Cristo también.

Era, en gran parte, debido a su completo y a la vez práctico conocimiento de la Biblia, lo que hacía que D. L. Moody atrajera a tan inmensas multitudes con sus predicciones. En el gran evento del “Día de Chicago”, en Octubre de 1893, ninguno de los teatros de la ciudad se atrevió a abrir las puertas, porque se esperaba que toda la gente en Chicago, en este día, asistiera a la Feria Mundial; y haciendo énfasis en este evento, pasaron por las puertas de la Feria, en este día, más de cuatrocientas mil personas. Se esperaba que todos estarían ahí con esta finalidad.

Pero ahun así el señor Moody me dijo: “Torrey, alquila el Central Music Hall de Chicago (El teatro central de música), y anuncia reuniones desde las nueve de la mañana hasta la seis de la tarde”. Le conteste “¿Por qué?”, “Señor Moody nadie vendrá a esta área de Chicago en un día como éste; ni siquiera los teatros se atrevieron a abrir; todos van allá abajo, al Parque Jackson, a la Feria; no conseguiremos que nadie venga en este día”. Él señor Moody me dijo: “Haz lo que te he dicho”. Y tal como se me había dicho, fui y alquilé el Central Music Hall para reuniones continuas, desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Lo hice con mi corazón lleno de dudas; realmente pensé que habría una audiencia bien escasa aquel día.

Yo estaba para hablar en el programa aquel medio día y estando realmente ocupado en mi oficina con los detalles de la campaña, no llegué al lugar hasta casi las doce del medio día. Pensé que no tendría dificultad alguna para entrar. Pero cuando llegué al Central Music Hall, me encontré con una gran sorpresa, que no sólo el gran auditorio estaba lleno de personas hasta los topes, sino que el vestíbulo y las escaleras estaban repletas de personas, y no había forma de acercarse a la puerta, sino fuera porque apenas encontré la manera de encaramarme por una de las ventanas de atrás del edificio, de otra manera hubieran perdido el haber tenido predicador a las doce.

Pero ello no hubiera tenido importancia alguna porque la gente no se había congregado para escucharme a mí; era la atracción del nombre de D. L. Moody que los había congregado ahí. Y, ¿por qué ansiaban escuchar al señor D. L. Moody? Porque ellos sabían que, aunque él no había estudiado la filosofía, caprichos y fantasías de su día, él conocía el Libro número uno del cual este pobre mundo más necesita conocer, La Biblia.

Nunca olvidaré la última visita de D. L. Moody a Chicago. Los pastores y ministros de la palabra de Dios me habían enviado a Cincinnati para invitarle a venir a Chicago, a predicar en una reunión. En respuesta a la invitación el señor Moody me dijo: “Si ustedes alquilan el Auditorio durante los días y horarios de trabajo, o entre semana, para llevar a cabo las reuniones a las diez de la mañana, y a las tres de la tarde, iré”.

Yo le dije, “Señor Moody, ¿usted sabe cuán ocupada está la ciudad de Chicago, y cuán imposible es para los hombres de negocios, el salir a las diez de la mañana o a las tres de la tarde en días de trabajo? ¿No sería mejor que usted hiciera las reuniones por las noches y en Domingo?” Él me respondió “No”, “Tengo miedo de interferir en los servicios regulares de las iglesias locales”. Entonces volví a Chicago y contraté el Auditorio, el cual, por aquél tiempo, era el edificio con mayor capacidad de asientos en toda la ciudad, siete mil personas podían estar sentadas;

anuncié siete reuniones que serían a las 10:00 a.m. y a las 3:00 p.m. durante los días de entre semana, con D. L. Moody como orador.

De repente todas las protestas comenzaron a caer sobre mí. Una de las protestas venía del señor Marshall Field quien me escribió: “Señor Torrey, nosotros, los hombres de negocios de Chicago, deseamos escuchar al señor Moody, y usted sabe perfectamente bien cuán imposible es para nosotros el salir a las 10:00 a.m. y a las 3:00 p.m.; tenga sus reuniones al atardecer”. Recibí muchas otras cartas con un contenido similar, entonces le escribí al señor Moody, él simplemente contestó: “Haz como te he dicho”, y yo hice tal como se me había dicho; así era la manera en la cual, conservaba mi trabajo.

La primer mañana de las reuniones, me fui al Auditorio media hora antes, con mucho miedo y preocupación; pensé que el Auditorio estaría muy lejos de estar lleno. Cuando llegué allí para sorpresa mía, encontré una fila de personas que se extendía desde la entrada de la Congress Street, hasta la Wabash Avenue; en la Wabash Avenue doblaba la fila de personas una cuadra hacia el norte, luego había un espacio en la fila para abrir paso al tráfico y después continuaba la fila otra cuadra y así sucesivamente. Fui por la puerta trasera, y me encontré con muchos que estaban aglomerados también tratando de entrar por aquel lugar.

Cuando las puertas fueron abiertas a la hora prevista, teníamos un cordón de veinte policías para detener a la gente hacia atrás; pero el público era tan numeroso que barrieron el cordón de los policías, los levantaron de sus pies y repletaron el Auditorio con ocho mil personas, antes de que pudiéramos cerrar las puertas. Pienso que quedaron tantas personas a afuera en la calle, como había en el interior del edificio.

Yo personalmente pienso que nadie más en el mundo hubiera podido atraer una multitud tal, en aquella hora, como el señor D.L. Moody. ¿Por qué? Porque aunque D. L. Moody conocía muy poco de ciencia, de filosofía o literatura en general, el conocía el Libro número uno, La Biblia, el Libro por el cual este pobre mundo está pereciendo por no conocer; pero ansían conocer; y este pobre mundo se amontonarán para oír hombres que conocen la Biblia y predicán la Biblia más que por ninguna otra cosa en la Tierra.

Durante todos los meses de la Feria Mundial en Chicago, nadie pudo atraer tantas multitudes como lo hizo D. L. Moody. Juzgando por los periódicos y noticieros, uno hubiera pensado que el gran evento religioso en Chicago, por aquel tiempo, era el Congreso Mundial de Religiones. Un gran hombre de letras de oriente fue invitado a hablar en aquel congreso. Éste, vio la oportunidad de su vida en aquella invitación, y preparó sus papeles para ello, el título de su mensaje no lo recuerdo con exactitud, pero era algo así, más o

menos, “Nueva Luz en las Doctrinas Antiguas”. Éste preparó sus papeles con gran esmero y cuidado y los envió a sus amigos más eminentes y de confianza para sus críticas. Aquellos, le enviaron los papeles de vuelta con las correcciones que ellos sugerían. Entonces él volvió a copiar los papeles de nuevo, incorporando las sugerencias hechas por ellos, que le parecieron más sabias, y apropiadas de sus críticas.

Luego los envió de nuevo para otra revisión de su crítica. Luego volvió a copiar los papeles, por tercera vez, y según él pensó, los tenía perfectos. Éste fue a Chicago para aprovechar la tan esperada oportunidad de hablar en el Congreso Mundial de Religiones. Ello, estaba programado para el sábado por la mañana a las once (si recuerdo con exactitud), que aquél debía hablar en el Congreso. Éste, estaba de piel en la parte de afuera de la plataforma, esperando que el gran momento llegara, y cuando sonaron las once en el reloj, este subió a la plataforma para encontrarse con ¡Una audiencia de una señora y dos caballeros! Sin embargo, no había en Chicago un edificio que pudiera acomodar las multitudes que se agolpaban para escuchar al señor D. L. Moody a cualquier hora del día o de la noche.

¡Oh señores! si ustedes desean obtener una audiencia y desean hacer algo bueno por esa audiencia, después de que la han conseguido, estudien, estudien, **ESTUDIEN** el único Libro (la Biblia) entonces **PREDIQUEN**, prediquen y prediquen, el único Libro que contiene el poder de reunir e influenciar, y bendecir las multitudes por largo tiempo.

4

UN HOMBRE HUMILDE

La cuarta razón o secreto por el cual Dios usó a D. L. Moody continuamente, a través de tantos años, fue porque D. L. Moody era un hombre humilde. Yo pienso que D. L. Moody era el hombre más humilde que jamás conocí en toda mi vida. Le gustaba recitar un dicho de un hombre que decía así: ***“La fe consigue lo mejor; el amor obra lo mejor; pero la humildad conserva lo mejor”***. El mismo Moody, tenía la humildad que conserva todo cuanto conseguía. Como ya les dije anteriormente, él era el hombre más humilde que conocí en mi vida, un hombre tan humilde que uno guarda en mente las grandes cosas que él hizo, y la alabanza que le fue prodigada. ¡Oh cómo le gustaba poner a otros por delante! y él quedarse en la parte de atrás. Cuán a menudo se ponía de pie en la plataforma, con algunos de nosotros sentados y decía:

detrás de mí vienen hombres mejores que yo. Al decir esto, apuntaba con su dedo pulgar por encima de su hombro, a los que estábamos sentados detrás de él. Yo no sé cómo él podía creerlo, pero él creía realmente, que los otros que veníamos después de él éramos mejores que de lo que él era.

Moody no hacía la pretensión de mostrar una humildad que no poseía. En su profundo corazón, él siempre creyó que los otros eran mejores que él. Él siempre creyó, de una manera real, que Dios utilizaría a otros hombres en mayor medida de la que él había sido usado. A D. L. Moody le gustaba de quedarse en la parte de atrás. En sus presentaciones en Northfield, o en otras partes, éste empujaba a los otros oradores hacia adelante, y si podía, hacía que los otros hicieran toda la predicación, McGregor, Cambell Morgan, Andrew Murray, y el resto de los otros. De la única, manera que podíamos conseguir que él tomara parte en el programa era levantarnos en la conferencia, y pedirle al público que pidieran que desearían oír a D. L. Moody en la próxima reunión. Él continuamente, se ponía fuera del asunto si podía conseguirlo. ¡Oh cuántos hombres han sido llenos de las promesas de Dios! y Dios los ha utilizado, y luego ellos creyeron que eran la gran cosa, se pusieron engreídos, ¡Y Dios se vio obligado a dejarlos a un lado! Yo creo que más obreros promesas se han estrellado contra las rocas por creerse autosuficientes, por tenerse así mismos en alta estima, más que por ninguna otra causa.

Puedo mirar atrás, a un periodo de cuarenta años, o más. Pienso, y en los muchos hombres que ahora son reprobados y desechados, los cuales, una vez, el mundo creyó que iban a hacer algo grande. Pero ellos simplemente han desaparecido de la vista del público. ¿Por qué? Porque se sobreestiman a sí mismos. ¡Oh, la cantidad de hombres y mujeres que fueron dejados a un lado porque comenzaron a pensar que ellos eran “todo” y por ello, Dios se vio forzado a dejarlos a un lado!

Recuerdo de un hombre con el cual yo estaba asociado en un movimiento de gran importancia en nuestra nación. Estábamos teniendo en Buffalo (NY), una convención con gran éxito, y éste estaba grandemente emocionado por ello. Un día nos dirigimos a una de aquellas reuniones andando por la calle juntos, y me dijo: “Torrey, usted y yo somos los hombres más importantes en la obra cristiana de nuestra nación,” o algo por el estilo.

Yo le conteste: “John, lamento oírte decir esto; porque cuando leo mi Biblia, encuentro que hombres tras hombres, que llevaron a cabo grandes cosas en la obra de Dios, Dios ha tenido que dejarlos a un lado a causa de su orgullo y altanería”. Y Dios dejó a este hombre también a un lado, desde entonces. Creo que está vivo todavía, pero nadie oye nada de él, o ha oído de él desde hace años.

Dios usó a D. L. Moody, más que a ningún otro hombre de sus días; pero había una diferencia en cuanto Dios le usaba, mucho o poco, él nunca se llenó de orgullo.

Un día hablando de un gran predicador de la ciudad de Nueva York, el señor Moody me dijo: “Este hombre hizo una vez una cosa muy insensata, la insensatez más grande que un hombre pudiera cometer, normalmente este hombre, tenía gran sabiduría. Éste se acercó a mí, después de una pequeña disertación que yo había hecho y me dijo: “Joven, usted dio un gran discurso esta noche”. Entonces el señor Moody continuó: “¡Qué insensato fue al decir ésto! Eso casi le dio la vuelta a mi cabeza”. Pero gracias a Dios, esas palabras no se le subieron a la cabeza, y aun cuando los ministros en Inglaterra, Escocia, e Irlanda, y muchos de los ministros ingleses estaban listos para encontrarse con D. L. Moody, él se postraba sobre su rostro ante Dios sabiendo que él era humano, y le pedía a Dios que venciera de toda autosuficiencia y Dios se lo concedió.

¡Oh señores y señoras! Especialmente hombres jóvenes y señoritas, quizá Dios está empezando a usarlos a ustedes; es muy posible que la gente está diciéndoles a ustedes también; ¡Qué don maravilloso tiene usted joven como maestros de la Biblia! ¡Qué poder tiene él como predicador y tan joven que es! ¡Que gran talento posee! Oígame, póstranse humillados

sobre sus rostros ante Dios. **Yo creo que ésta es la trampa más peligrosa del diablo.** Cuando el diablo no puede desanimar, desalentar a un individuo, éste se le aproxima con otra táctica, la cual, él sabe que es mucho peor en sus resultados; éste hace que se enorgullezca susurrándole al oído: “Tú eres el mejor evangelista de hoy en día. Tú eres el hombre que barrerá todo lo que se ponga delante de ti. Tú eres el gran hombre. Tú eres D. L. Moody del momento”. Y si ustedes le escuchan a él, les traerá la ruina de su vida. Las orillas de la costa de la historia de obreros cristianos, está estrellada contra las rocas y arrecifes, llenos de promesas y talentos de algunos años atrás: pero, estos hombres se volvieron engreídos y soberbios y fueron arrojados sobre los arrecifes, por los vientos de su propio orgullo y suficiencia.

TENÍA COMPLETA LIBERTAD DEL AMOR POR EL DINERO

El quinto secreto del poder de D. L. Moody, y de su utilidad para con Dios era, su falta de amor al dinero. Moody podía haber sido un hombre rico, pero, el dinero no tenía atractivo alguno para él. A él le encantaba recoger dinero para la obra de Dios; él rehusó acumular dinero para sí mismo. Éste me dijo durante la Feria Mundial, que si él se hubiera quedado para sí mismo, los derechos reales de los libros de himnos que él había publicado, hubieran sumado, por aquellos tiempos, un millón de dólares. Pero el señor Moody rehusó tocar el dinero. Él tenía perfecto derecho para hacerlo, porque él era responsable de la publicación de los libros y era su dinero que fue invertido en la publicación de los primeros libros.

El señor Sankey tenía algunos himnos que tomó con él, cuando fueron a Inglaterra y deseaba tenerlos publicados. Éste fue a un editor, (creo que fue Morgan and Scott), ellos declinaron publicarlos, porque decían que Philip Philips había estado ahí recientemente y había publicado un libro de himnos, pero no había tenido mucha aceptación.

Sin embargo, el señor Moody tenía un poco de dinero que lo invertiría en la publicación de aquellos himnos, en forma más barata, y así lo hizo. Los himnos tuvieron una inesperada y extraordinaria venta; y después, fueron publicados en forma de libro, y grandes beneficios fueron obtenidos, los resultados financieros de los libros de himnos fueron ofrecidos al señor Moody, mas este rehusó tocarlos. Pero, le insistieron, “el dinero le pertenece”; mas él ni siquiera quiso tocar el dinero. El señor Fleming H. Revell, era por aquel tiempo, el tesorero del Chicago Avenue Church, (La Iglesia de La Avenida Chicago) comúnmente llamada el Moody Tabernacle. En ese entonces sólo los sótanos de esta nueva iglesia habían sido terminados. Oyendo la situación del libro de himnos, el señor Revell sugirió, en una carta a unos amigos en Londres, que aquel dinero fuera dado para completar el edificio, y así lo hicieron. Después fue administrado en manos de una comisión, en la cual el señor D. L. Moody encargó el asunto, para que se llevarán a cabo varios ministerios cristianos.

En cierta ciudad, en la cual el señor Moody fue en los últimos años de su vida, y en la cual yo fui con él, fue anunciado públicamente que el señor Moody no aceptaría ningún dinero por sus servicios; el señor Moody no dio ningún comentario al respecto cuando este anuncio fue hecho, y dejó la ciudad sin haber recibido un centavo de compensación por todo el

trabajo llevado a cabo allí; y pienso que ahun pagó la factura del hotel donde se hospedó. Y sin embargo, un ministro de esta misma ciudad, salió con un artículo en el periódico, donde contaba la mentira de las supuestas demandas financieras que el señor Moody les había hecho, cuya historia, yo sabía perfectamente que era absolutamente una mentira. Millones de dólares pasaron por las manos del señor Moody, pero estos pasaron de largo, ninguno de ellos se enganchó a sus dedos. Este es el punto, en el cual, muchos evangelistas se estrellan y arruinan, sus obras se terminan de manera prematura. El amor al dinero, por parte de muchos evangelistas, han hecho más que desacreditar la obra evangelística de nuestros días, y dejado a muchos evangelistas en la estantería, casi más que ninguna otra causa.

Cuando estaba de viaje en mi gira reciente , me dijo unos de los ministros de mucha confianza en una de las ciudades del lado Este de la nación, de una campaña conducida por un evangelista que había sido usado grandemente en el pasado. (No se imaginen, ni por un segundo, que estoy hablando de Billy Sunday porque no estoy hablando de él; éste mismo ministro habló de una manera tremenda del señor Sunday y de una campaña, la cual fue llevada a cabo por él en una ciudad en la cual este ministro era pastor). Este evangelista, del cual ahora estoy hablando, vino a una ciudad para una campaña evangelista unida que era patrocinada por cincuenta y tres Iglesias.

El ministro que me contó la historia de esto, era el mismo Presidente de la Comisión de Finanzas. El Evangelista invitado mostró tal ansiedad por dinero, y violó tan deliberadamente el acuerdo que había hecho antes de venir a la ciudad, e insistió tanto sobre la cuestión del dinero recogido, que se le diera a él en otra forma muy diferente de la cual él había estado de acuerdo en el contrato original, El ministro que estaba encargado de las finanzas amenazó con renunciar de la Comisión de Finanzas, sin embargo, se le persuadido a permanecer para evitar un escándalo. “Como resultado total de las tres semanas de campaña hubieron solamente veinticuatro decisiones”, me dijo mi amigo; “y después que todo hubo terminado, los ministros se reunieron y por votación, con una abstención, se pusieron de acuerdo en enviar una carta a este Evangelista, diciéndole con franqueza que todo se había terminado entre él y ellos, y con sus métodos de evangelismo para siempre, le dijeron que sentían que era su deber alertar a otras ciudades contra él, sus métodos, y los resultados de su obra”. Hermanos apliquemos esta lección a nuestros corazones y tomemos el aviso a tiempo.

SU ARDIENTE PASIÓN POR LAS ALMAS PERDIDAS

La sexta razón o secreto del porque Dios usó a D. L. Moody era a causa de su ardiente pasión por la salvación de las almas perdidas. D. L. Moody hizo la resolución, un poco después que él mismo había sido salvo, que no dejaría pasar veinticuatro horas por encima de su cabeza sin hablar por lo menos a una persona sobre su alma. La vida del señor Moody era una vida muy ocupada, y a veces se levantaba de la cama, se vestía, e iba a la calle a hablar a alguien sobre su alma, para que definitivamente no pasara ningún día sin haber hablado al menos, a uno de los mortales sobre su necesidad, y del Salvador que podía suplir aquella necesidad.

Una noche el señor Moody estaba yéndose para su casa, desde el lugar donde tenía su negocio, era realmente muy tarde, y de repente recordó que no había hablado a nadie aquel día sobre aceptar a Cristo.

Este dijo para sí mismo: “He aquí un día desperdiciado. No he hablado a nadie hoy y no veré a nadie a estas horas de la noche.”

Pero a medida que iba caminando por la calle, vió a un hombre parado bajo un poste de la luz. El hombre le era desconocido, aunque éste, después, resultó que sabía quien era D. L. Moody se acercó a él y le dijo: “¿Es usted salvo?” A lo que el hombre replicó: “Esto no le importa a usted si soy salvo o no. Si no fuera por la clase de predicador que usted es, ya lo hubiera golpeado, y lo hubiera tirado en el lodo por su impertinencia”.

El señor Moody solo le pudo compartir unas cuantas palabras importantes y pasó de largo. Al día siguiente, este hombre llamó a uno de los amigos más prominentes del señor Moody y le dijo: “Este hombre de ustedes, Moody, en North Side, (el Lado Norte) está haciendo más mal que bien. Éste tiene celo sin conocimiento. Se acercó a mí la noche pasada, a un extraño, y me insultó. Me preguntó si yo era salvo, y le dije que no le importaba, que no era de su negocio, y que si no fuera la clase de predicador que es, le hubiera golpeado y arrojado en el lodo por su impertinencia. Éste hace más mal que bien. Éste tiene celo sin conocimiento”.

El amigo del señor Moody mandó a decirle: “Moody, usted está haciendo más mal que bien, usted tiene un celo sin conocimiento; usted insultó a un amigo mío la noche pasada por la calle.

Usted se acercó a él, un extraño, y le preguntó si era salvo, y éste me dijo que si no fuera por la clase de predicador que usted es, le hubiese golpeado y arrojado el lodo por su impertinencia. Usted está haciendo más mal que bien; usted tiene un celo sin conocimiento”. El señor Moody salió de la oficina de su amigo bastante entristecido. Moody, se preguntaba a sí mismo si estaba haciendo más mal que bien, si realmente tenía celo sin conocimiento. (Déjenme decirles, de paso, es mucho mejor tener celo sin conocimiento que tener conocimiento sin celo.

Algunos hombres y mujeres están llenos de conocimiento; conocen tantos versículos de la Biblia, tan profundamente, que pueden estar sentados en los bancos de la crítica, y apuntar a los predicadores detalles y fallos, pero tienen tan poco celo y entusiasmo, que no ganan ni un alma para Cristo en todo el año). Pasaron algunas semanas después de este suceso. Una noche, el señor Moody estaba ya en la cama, cuando de pronto, oyó un tremendo ruido de alguien que llamaba con el puño en su puerta. Él saltó del lecho y se apuró hacia la puerta, pensando que se estaba incendiando la casa, y quien era el que golpeaba la puerta que parecía que la iba a derribar a golpes. Moody abrió la puerta, y ahí estaba aquel hombre que aquella noche había encontrado en la calle; éste le dijo: “señor Moody, no he conseguido dormir tranquilo ni una noche desde que usted me habló bajo aquel poste de la luz, y he venido a esta

hora inoportuna de la noche para verle a usted, para que me diga qué es lo que debo hacer para ser salvo”. El señor Moody le hizo entrar, y le dijo lo que debía hacer para ser salvo. Luego éste aceptó a Cristo como su Salvador, y cuando estalló la Guerra Civil, este hombre fue al frente, y dio su vida luchando por esta nación.

Otra noche el señor Moody llegó a su casa, y entonces al irse a la cama, se acordó que aquel día no le había hablado a nadie sobre él aceptar a Cristo como su Salvador. Bueno, dijo a sí mismo, “No es bueno levantarse ahora; no habrá nadie a estas horas de la noche”. Pero ahun así se levantó, se vistió y se dirigió a la puerta de la calle. La lluvia caía a cántaros.

“Oh,” dijo este, “No habrá nadie por la calle con esta lluvia”. Precisamente en aquel instante, oyó los pasos de un hombre que venía bajando por la calle, con el paraguas sobre su cabeza. Entonces Moody se apresuró hacia el hombre y le dijo: “¿puedo abrigarme con usted bajo su paraguas?” “Sí, cómo no,” dijo el hombre. Entonces Moody le dijo: “**¿No tiene usted refugio en tiempo de tormenta?**” y entonces le predicó al hombre el evangelio, y a Jesús su amado Salvador y el hombre fue salvo. ¡Oh hombres y mujeres!, si nosotros estuviéramos así de entusiasmados y tan llenos de celo por la salvación de las almas!

¿Cuánto tiempo tomaría hasta que todo nuestro país fuera sacudido por el poder del Todopoderoso y nuestro Dios enviará un avivamiento?

Recuerdo que cuando iba a las escuelas, hablaba primero en una escuela, y después iba al otro lado del río a la otra escuela. Me veía obligado a usar el “Ferry” (bote) muy a menudo; ésto era antes de que el puente que hay ahora fuese construido. Un día señor Moody me dijo: “Torrey, sabía usted que el hombre que lo lleva en el “Ferry” a través del río no es salvo?” Él no me dijo que hablará con él, pero yo sabía lo que Moody quería decir. Unos días más tarde le dijeron que el hombre del “Ferry” fue salvo, Moody se sintió extremadamente feliz.

Una vez andando por una calle de Chicago, el señor Moody se acercó a un hombre totalmente desconocido para él y le dijo: “Señor, es usted salvo?”

“Usted encarguese de sus propios negocios”, fue la respuesta de aquel individuo.

El señor Moody le contestó: “Éste es mi negocio”.

Entonces el hombre dijo: “Bueno entonces usted tiene que ser Moody”.

Allá en Chicago, en los primeros años de su ministerio, acostumbraban llamarle el “Loco Moody” porque de día y de noche, el andaba hablando a toda persona que le concedía la oportunidad de compartirle la salvación. Cierta vez, Moody se dirigía a Milwaukee, y en el asiento que él había escogido; estaba sentado otro viajero. El señor Moody se sentó a su lado, e inmediatamente entabló conversación con él, “¿A dónde se dirige usted?”, le preguntó el señor Moody. Cuando éste le dijo el nombre del pueblo, Moody le dijo: “Estaremos ahí enseguida; tenemos que hablar de negocios ahora mismo. ¿Es usted salvo?”. El hombre respondió que no lo era, y el señor Moody tomó su Biblia y ahí mismo en el tren le mostró el camino de la salvación. Luego le dijo: “Ahora, usted debe pedirle a Cristo la salvación”. El hombre así lo hizo, y fue salvo ahí mismo en el tren.

Muchos de ustedes han oído, supongo, la historia que el Presidente Wilson contaba sobre D. L. Moody. El ex-Presidente Wilson decía que una vez fue a una barbería y se sentó en una silla al lado de D. L. Moody, sin saber que estaba ahí. El ex-Presidente Wilson había estado sentado hacía sólo unos momentos, (como él acostumbraba a contarle) que él sabía que había una personalidad en la otra silla, y el ex-Presidente empezó a oír la conversación que era llevada a cabo; éste oyó al señor Moody contando al barbero acerca del Camino de vida, y según Wilson dijo: “nunca olvidaré la escena de aquel día”.

Cuando el señor Moody se había marchado, el ex-Presidente preguntó al barbero quien era aquel hombre; cuando éste le dijo que era D. L. Moody, Wilson dijo: “Me ha impresionado de tal manera que aún no le he olvidado”.

En cierta ocasión en Chicago, el señor Moody vio una niña pequeña de pie en la calle con un pequeño balde en la mano. Moody se aproximó a ella y la invitó a su Escuela Dominical, diciendo a la pequeña que la clase era un lugar agradable. Ella le prometió que iría el domingo siguiente, pero la niña no lo hizo así. El señor Moody vigiló por muchas semanas tratando de hallarla y un día la vio de nuevo por la calle, a cierta distancia de él. Moody empezó a caminar también, ella estaba tratando de evadirse. Moody la siguió. Fue por una calle abajo, y él la siguió; luego se metió por otra calle y éste siguió tras ella; se metió por un corredor y Moody continuó siguiéndola; salió tras otra calle y Moody siguió tras ella; entonces entró en un “salón”, y salió corriendo por la puerta trasera y Moody aún siguiéndola; luego entró en un portal con escaleras que conducían al piso de arriba y ésta entró en una habitación y se metió debajo de una cama, y Moody la tomo de los pies, la sacó y la condujo a Cristo. El señor Moody descubrió que la madre de la niña era una señora viuda que había vivido en mejores circunstancias, pero había caído tan bajo que ahora

vivía de este “Salón”. Ella tenía varios niños y niñas. Moody ganó a la madre y a toda la familia para Cristo. Muchos de los hijos e hijas de aquella viuda fueron miembros prominentes en otras iglesias de otros lugares. Esta niña que el señor Moody sacó debajo de la cama, era, cuando yo estaba como Pastor en la Iglesia de Moody, la esposa de uno de los oficiales más prominentes en la iglesia.

Hace unos tres años estaba yo saliendo de una oficina de viajes de Memphis, Tennessee, un joven bien vestido me seguía. Este preguntándome “No es usted el Dr. Torrey?”

Yo le dije “Sí”. Éste me dijo “Yo soy fulano de tal”

Él era el hijo de aquella mujer. Era un agente de viajes y un oficial en la iglesia del pueblo donde residía. Cuando Moody arrastraba aquella niña debajo de la cama para guiarla a Cristo, estaba arrastrando toda una familia dentro del Reino de Dios, y la eternidad solamente revelará cuántas generaciones, además de aquellas, estaba Moody arrastrando dentro del Reino de Dios.

La pasión que consumía a D. L. Moody por las almas perdidas, no era por aquéllos que podían ayudar en edificar su obra aquí o en otro lugar; su amor por las almas no conocía clases ni limitaciones. Él no hacía distinción con respecto a personas; la persona podía

ser un Conde o un Duque, o un ignorante, o un muchacho de color por la calle; todos eran iguales para él; era un alma que necesitaba ser salva, y Moody hacía todo cuanto estaba en su poder para salvar aquella alma.

Un amigo me contó una vez que cuando oyó de D. L. Moody por primera vez, fue cuando el señor Reynolds de Peoria, Illinois le dijo que, en una ocasión éste encontró al señor D. L. Moody sentado en una cabaña que se encontraban en aquella ciudad, camino al lago, que se llamaba en ese entonces, “Las Arenas” con un niño de color sentado en sus rodillas, una vela en una mano y la Biblia en la otra, y al señor Moody deletreando las palabras (porque en ese tiempo, el niño no podía aún leer bien), ciertos versículos de las Escrituras, intentando llevar a Cristo al pequeño niño de color. ¡Oh jóvenes, hombres y mujeres, y todos los que trabajamos en la obra cristiana! Si ustedes y yo estuviéramos en fuego por las almas de esta manera, ¿Cuánto tiempo tardaríamos en tener re-avivamiento? Oh que en esta noche el fuego de Dios cayera y llenará nuestros corazones con un fuego ardiente que nos enviará por todo el país, y a través de los mares a la China, al Japón, a la India, y al África, ¡A decirles a las almas perdidas cómo encontrar el camino de la salvación en nuestro Señor Jesús!

DEFINIDAMENTE DOTADO CON **PODER DE LO ALTO**

El septimo secreto, por la cual Dios usó a D. L. Moody, o el secreto si así lo prefiere, era que él había sido dotado de una manera definitiva con el poder de lo alto, un claro y definitivo bautismo o llenura del Espíritu Santo. El señor Moody sabía que él tenía “la llenura del Espíritu Santo”. Él no tenía dudas sobre ello. En su juventud, él era un hombre de empuje; tenía un tremendo deseo de hacer algo, pero no tenía realmente poder. Moody obró por mucho tiempo en la energía de la carne. Pero, había allí dos humildes mujeres Metodistas Liberales que asistían a sus reuniones en el Y.M.C.A. Una de ellas era “Auntie Cook” y la otra, la señora Snow (yo creo que el nombre de ella todavía no era Snow en aquel entonces).

Estas dos señoras, venían al señor Moody al final de sus reuniones y le decían; “Estamos orando por usted”. Finalmente, el señor Moody “intrigado” por la curiosidad, les preguntó una noche: “¿Por qué están ustedes orando por mí? ¿Por qué no oran por las personas que no son salvas?”

Ellas contestaron: “Estamos orando para que usted reciba el poder de lo alto”.

El señor Moody no sabía lo que ellas querían decir, pero empezó a pensar en ello, y luego fue a ellas y les preguntó: “Desearía que me dijeran, ¿qué es lo que piden ustedes en sus oraciones?” Y ellas le dijeron que se referían a que él (Moody), fuera lleno de manera definitiva con el Espíritu Santo. Entonces Moody les pidió que si él pudiese orar con ellas, y no solamente ellas por él.

Auntie Cook, una vez, me contó el intenso fervor con que el señor Moody oró en aquella ocasión. Ella, me contó las palabras que apenas me atrevo a repetir, aunque nunca las he olvidado. Y él no sólo oraba con ellas, sino que también oraba él solo.

Poco después, Moody, se dirigía a Inglaterra, y estaba caminando por Wall Street en Nueva York; (Moody muy raramente contó eso), y en medio del alboroto y apresuramiento de aquella gran ciudad, sus oraciones fueron respondidas; el Poder de Dios cayó sobre él mientras caminaba por la calle, y tuvo que apresurarse a entrar en casa de un amigo a quien le pidió que le concediera una habitación, estuvo ahí un sinfín de horas; Entonces el Espíritu Santo descendió sobre él llenando su alma con tal regocijo que al fin tuvo que pedirle a Dios que parara Su Mano para que no muriera de regocijo en aquel lugar.

Moody, se fue de allí con el Poder del Espíritu Santo sobre él, y cuando llegó a Londres (en respuesta a las oraciones de un cristiano que estaba confinado al lecho de enfermedad y quién miembro de la Iglesia del señor Lessey), el Poder de Dios se manifestó de manera grandiosa a través de él, en el Norte de Londres, y centenares de personas se adhirieron a las Iglesias; y ello fue lo que hizo que Moody fuera invitado de nuevo a la maravillosa campaña que fue llevada a cabo en los años venideros.

Una y otra vez D. L. Moody venía a mí y me decía: “Torrey, deseo que predique sobre el bautismo o llenura del Espíritu Santo”. No puedo decirles con certeza cuántas veces me pidió que predicara sobre este tema. Una vez, cuando yo había sido invitado a predicar en la Iglesia Presbiteriana de la Quinta Avenida, en Nueva York, (invitado por la sugerencia del señor D. L. Moody; si no hubiera sido porque él lo sugirió, yo jamás hubiera sido invitado) Unos momentos antes de mi partida hacia a Nueva York, el señor Moody vino a mi casa y me dijo: “Torrey, la Iglesia Presbiteriana de la Quinta Avenida en Nueva York desea que usted predique para ellos. Es una Iglesia muy grande, fabulosa, ha costado un millón de dólares en construirla”. Luego continuó diciendo: “Torrey deseo pedirle una cosa. Deseo decirle sobre lo que deseo que usted predique. Usted predicará aquel sermón suyo sobre “Diez Razones, Por Las Cuáles Yo Creo que la

Biblia es la Palabra de Dios” y su sermón sobre “El bautismo o llenura del Espíritu Santo”.

Cuando yo era llamado para predicar en alguna iglesia, de nuevo Moody venía a mí y decía: “Ahora, Torrey, asegúrese de predicar sobre El poder y la llenura con el Espíritu Santo”. No sé cuántas veces me pidió ésto.

Una vez pregunté; “señor Moody, ¿Cree usted que no tengo otros sermones más que los que usted me pide?”

Éste replicó; “No importa, usted predíqueles estos dos sermones”. Nunca olvidaré el día ocho de Julio de 1894, hasta que mi vida termine. Era el último día de la Conferencia de Estudiantes de Northfield, la reunión de los estudiantes de los colegios del Este. El señor Moody me había pedido que el sábado por la noche y el domingo por la mañana, les predicara sobre el Bautismo y llenura con el Espíritu Santo. El sábado por la noche les había predicado sobre, “La llenura y el poder del Espíritu Santo; ¿Qué es? ¿Qué es lo que hace? La Necesidad de Ello y La Posibilidad de Ello.” El Domingo por la mañana les predique sobre “ la llenura y plenitud del Espíritu Santo y Cómo Conseguirlo”.

Era exactamente las doce del día cuando terminé mi sermón matutino, saqué mi reloj del bolsillo y dije, “El señor Moody nos ha invitado a todos para ir al monte a las tres de la tarde para orar, para recibir el poder y la llenura del Espíritu Santo. Faltan tres horas aún para

las tres de la tarde. Algunos de ustedes no pueden esperar tres horas. No necesitan esperar si no lo desean.

Vayan a sus habitaciones; vayan a los bosques; váyanse a las tiendas; váyanse a donde sea para que puedan estar solos con Dios y hablar de este asunto con Él. A las tres nos reuniremos delante de la casa de la mamá del Sr. Moody (ella aún vivía), y después tomen el camino, a través del enrejado, y vayan hacia el lado de la montaña”.

En total éramos cuatrocientos cincuenta y seis; supe el número porque Paul Moody, su hermano, nos contó al tiempo que pasábamos por el camino enrejado.

Moody dijo: “Oremos”. Y allí orábamos, al lado de la montaña. Cuando íbamos hacia la montaña, densas nubes se habían juntando, y cuando empezamos a orar, aquellas nubes se partieron y gotas de lluvia empezaron a caer a través de las hojas de los pinos que colgaban sobre nosotros. Pero había otra nube que había estado juntándose sobre Northfield durante diez días, una nube grande con misericordia, gracia y el Poder de Dios; y cuando comenzamos a orar, pareció como si nuestras oraciones partieran aquella nube y el Espíritu Santo cayó sobre nosotros. Señores y señoras, esto es lo que todos necesitamos. “Ser llenos con el Espíritu Santo”.

UN GRAN GANADOR DE ALMAS

Testimonio de Sr. Peter Billhorn:

En el verano de 1892 fui llamado por el Sr. Moody para ayudarlo a dirigir los himnos, en una serie de servicios que se estaban efectuando en Buffalo, NY. Sus colaboradores, los señores Sankey, Stebbins y James también estaban: el primer predicador se enfermó, mientras los otros estaban atendiendo otros servicios en alguna parte.

El Sr. Moody estaba hospedado en un hotel. Quiso que estuvieran también allí, en un cuarto anexo. Los servicios tenían un lugar en un salón de conciertos, muchas cuadras distantes del hotel.

Era la costumbre del Sr. Moody, antes de desayunar, leer la Biblia, hacer algunos comentarios sobre el pasaje leído y orar. Oraba por los servicios, y por algunas determinadas personas que tenía en su mente; por el Instituto Bíblico de Chicago y por las escuela de Northfield. **Estas oraciones eran siempre conmovedoras por su sencillez y fervor.**

Un lunes, después del desayuno, me atreví a preguntarle en qué consistía su poder para atraer a los hombres a Cristo (porque parecía que a cada alma que

él hablaba del asunto de la salvación, era inmediatamente ganado para el Señor. ¡Y cuánto anhelaba poseer esa gracia y poder!) Me dijo “Billhorn, he hecho una promesa al Señor, y es la regla de mi vida, no dejar pasar un día sin hablar a alguien sobre la salvación de su alma”.

“Pero, señor Moody,” replique, “es que no todos los días habrá una oportunidad para hacer eso”.

”La habrá”, me contestó ”si usted se mantiene en comunicación con Dios y está atento para aprovechar toda ocasión”.

Yo deseaba mucho ver cómo se acercaba él a los hombres y empezaba a hablarles de su alma; ya que no siempre es tan sencillo hacerlo, pensaba yo, y me propuse el lunes a observar sus movimientos. Yo sabía que el hombre del elevador, y el empleado de la administración, y el hombre de color que nos servía las comidas eran todos cristianos.

Llovía terriblemente, y se llegaba la hora de irnos al servicio. Advertí que probablemente no tendríamos buena asistencia con tanta lluvia. El Sr. Moody respondió inmediatamente: “Tendremos el auditorio lleno, si usted ora y confía”.

Viendo a través de la ventana dijo: “Nunca he visto un aguacero tan fuerte como este. Bajé a llamar un coche”.

Cuando llegue a la puerta del hotel se paraba ahí precisamente un coche. El cochero me gritó: “¿Ya se fue Moody al servicio?”

“Ya nos vamos”, le conteste “ pero necesitamos un coche”.

“Pues aquí estoy yo a sus órdenes,” me dijo.

Subí, ayude al Sr. Moody a ponerse su abrigo, y tomamos el elevador. “Jim”, dijo el Sr. Moody al elevadorista, “ore por nosotros y por el servicio”.

“¡Cómo no, Sr. Moody! Va usted a tener un buen número de remojados esta noche”.

Tomamos el coche, protegiendo yo al Sr. Moody con mi paraguas. Quise que entrara él primero: Pero él me hizo entrar delante, y él se sentó junto a la puerta. Apenas había cerrado la puerta cuando la abrió otra vez, y sacando la cabeza entre el agua gritó al cochero: “Camine lo más cerca posible de la banqueta”.

Las calles parecían ríos. El agua casi llegaba hasta la banqueta. A cada rato el Sr. Moody abría la puerta y sacaba la cabeza la noche era muy oscura y la lluvia golpeaba furiosamente contra el coche. Pero aunque me parecía extraña la conducta del señor Moody, juzgué indebido preguntarle por qué hacía eso. Luego supe.

Abrió la puerta una vez más y gritó al cochero que se parara. Entonces el Sr. Moody bajó del coche, y por un momento, bajo la copiosa lluvia, esperó a la orilla de la banqueta. Un hombre se acercaba, defendiéndose del aguacero lo mejor que podía con un paraguas. Al llegar a donde estaba el evangelista, éste le preguntó: “¿A dónde va usted?”

“Voy a la Opera House, a oír predicar a Moody”.

“Yo voy para allá también, véngase con nosotros”.

Casi en la orilla, subió al desconocido al coche, y apenas se había sentado el hombre cuando el Sr. Moody le preguntó: “¿Es usted cristiano, es usted salvo?”

“No; no puedo decir que soy”.

“¿Le gustaría serlo?”

El desconocido respondió sacudiendo el agua de su sombrero: “¿Cree usted que si no quisiera ser salvo, hubiera salido yo de mi casa con esta tempestad, nada más para oír predicar a Moody?”

El Sr. Moody se volvió hacia a mi y me dijo: “Billhorn, ore usted por este hombre”. Oré; sin embargo, mi oración no me sació mucho.

Entonces oró el Sr. Moody; y precisamente cuando la tempestad se desataba más terrible en medio de rayos truenos, podía oírse la voz del Sr. Moody: "¡Oh Dios, salva a este hombre esta misma noche, aquí mismo, por amor de Cristo nuestro Señor! Amen".

La tempestad cesó, y una preciosa calma parecía rodearnos cuando el Sr. Moody decía: "¿Quiere usted aceptar al Señor Jesucristo como su Salvador personal?"

El hombre respondió firmemente y sin vacilar: "Sí, lo deseo con todo mi corazón".

En este momento llegamos a la Opera House. El Sr. Moody bajó del coche, y al hacerlo me dijo: "Billhorn, encuentre, un asiento en la primera fila para este hermano". Subí a la plataforma para dar principio a unos minutos de canto y desde ahí podía yo ver al Sr. Moody en un cuarto contiguo, de rodillas orando.

Después de la predicación el evangelista pidió que se pusiera de pie el que fuera salvo. Nuestro hermano desconocido se puso de pie. Y el Sr. Moody dirigiéndose a él, y señalándole, le preguntó: "¿Es usted salvo?" Y el Hombre respondió prontamente, en voz alta y emocionada: "Esta noche fui salvo, a bordo en un coche, mientras venía yo a este lugar un hombre oró por mí. Creo que ese hombre fue usted mismo, señor".

Y así era. El Sr. Moody había una vez más cumplido con su promesa a Dios de no dejar pasar un día sin hablar cuando menos a un pecador sobre la salvación de su alma. Así aprendí en esa noche de dónde procedía ese irresistible poder y esa dulce gracia de este hombre de Dios para ganar almas para Cristo.

Espero que este libro "Porque Dios Usó a D.L. Moody" haya tenido el mismo impacto en tu vida de la misma manera que tuvo en la mía. No sé cuántas veces he leído este libro de nuevo y de nuevo y cada vez Dios me ha hablado y me ha sido de enorme bendición. No estamos tratando de exaltar a un hombre, solamente demostrar lo que Dios pudo hacer con un hombre sencillo, humilde y con los demás elementos que nos dice en el resto del libro que si tenemos esas cualidades, Dios nos puede usar también a nosotros para ver muchas almas salvas y vidas transformadas.

Qué el Señor te bendiga y te use grandemente, es nuestra oración y deseo.

Por Su gracia,
Pastor Elmer Fernández



PUBLICACIONES FUEGOS DE EVANGELISMO

www.fuegosdeevangelismo.net

El porque Dios usó a
D. L. MOODY

Dr. R. A. Torrey



www.fuegosdeevangelismo.net